

Cuando hace locuras examinémonos bien y veremos como en nuestro interior hay algún movimiento loco que la impulsa, la manda, la dirige.

Pero sea ella la verdadera loca ó sea solo un simple juguete de nuestros locos deseos, que no es del caso dilucidar aquí, lo cierto es que la imaginación del hombre ocioso está dispuesta para hacer muchísimas más locuras que la del hombre ocupado en el trabajo.

Pues mientras la imaginación se ocupa en él y está sujeta no puede hacer locuras. Pero el hombre ocioso que tiene á esta loca desatada y libre para que vaya á do se le antoje ¡Dios mío, que locuras no hará!

Recuerdo haber leído en una revista que de resultas de haber parado algunas fábricas de importancia en Londres algunos de aquellos obreros que quedaron sin trabajo perdieron el juicio. Y explicaba la razón diciendo que el trabajo daba actividad, distracción y fatiga al espíritu poco robusto de aquellos pobres, sirviéndoles de dirección y de freno y que una vez se vieron sin él, no pudiendo soportar la vaciedad de sus mentes llegaron á este lamentable estado.

Valga lo que valiese esta explicación, yo estoy persuadido que para los temperamentos melancólicos, visionarios, monomaniáticos etc. el gran remedio es el trabajo.

Y si para estos es de absoluta necesidad á todos nos es conveniente tener una ocupación seria y constante que fije nuestra actividad, que dirija nuestras facultades y sirva como de freno á nuestros sentimientos y deseos para que no sean juguete de pasiones desordenadas.

Porque si á la imaginación se le da todo lo que á primera vista le fascina y no se la reprime con el trabajo es muy fácil que aumente su locura.

Y se vuelva antojadiza y delicada y nerviosa y soñadora y... en fin loca.

Aquí cabe muy bien un aviso para los jóvenes y más aún para las jóvenes. Las novelas, la poesía y el teatro son germen de muchas locuras cuando en el espíritu no hay suficiente contrapeso de trabajo y actividad bien dirigida.

